

LA CAIDA DE LUCIANO LIGGIO

ERA un burgués acomodado y tranquilo que vivía en una gran casa en las afueras de Milán. Se ocupaba de negocios: en nuestros tiempos, nadie pregunta qué clase de negocios. Basta con que la riqueza y el orden doméstico sean evidentes, como lo eran los de este burgués, amable con sus vecinos, gracioso conversador en el café, paseante largo y pausado al atardecer. Los domingos iba al cine después de haber llevado, por la mañana, los niños al parque zoológico. Pero la Policía llamó un día a su puerta. La Guardia di Finanza, o, como se les llama habitualmente, los «finanzieri». Estaban investigando acerca del secuestro de dos financieros —de los otros, de los que manejan de verdad el dinero—, Pietro Torelli y Luigi Rossi. Parece ser que sus pesquisas les habían llevado a aquella casa. Tenían una orden de registro, y la cumplieron. En el dormitorio, encontraron al buen burgués en pijama. Y le reconocieron. Era Luciano Liggio, adornado con el apelativo de «enemigo público número uno», acusado —entre otras cosas— de unos quince homicidios, cerebro de la mafia siciliana. Y buscado en Suiza, en Alemania Federal, en Sudamérica, en Estados Unidos... «¡Qué tontería! —clamó entre carcajadas Liggio, que ni un solo momento ocultó su personalidad—. No he salido nunca de Italia. Me encontraba aquí bien, y seguro...».

Una ficha inacabable

Luciano Liggio: una ficha inacabable. Una biografía que solamente se completará ahora, después de su detención, si es que realmente dice algo. Nacido el 6 de enero de 1925, en Corleone, hijo de un humilde bracerio del campo: una familia paupérrima. Primera denuncia, en junio de 1944, a los diecinueve años, por llevar armas prohibidas. Segunda denuncia, en agosto de 1944, por robo de grano; a los dos meses salió de la cárcel y se convirtió en hombre de confianza de un rico terrateniente, Corrado Caruso. Pero hay más bajo esta simple ficha. Cor-

leone es la sede siciliana de la gran mafia agraria. Tenía un jefe, un «padrino», Calogero Vizzini, y un político, el «dottor» Michele Navarra. Y los años cuarenta, en que comienza su historia Luciano Liggio, son los grandes años del cambio: cae el fascismo, desembarcan los aliados y apuntan un nuevo régimen y unos ciertos ideales de justicia social. Los campesinos —como el padre de Liggio— se alzan contra los terratenientes: ahora tienen sindicatos, y declaran huelgas. Y los grandes terratenientes reclaman el auxilio de la mafia. Son los tiempos del «bandito» Giuliano. Entrar al servicio de un gran terrateniente como «hombre de confianza» es, simplemente, ser su pistolero. Liggio ocupa junto a Caruso el puesto que ha quedado vacante por la defección de uno de los suyos; pero el que se ha ido tan oportunamente aparece muerto a tiros. La Policía sospecha de Liggio, le detiene, pero no hay pruebas suficientes. Un tiempo después, el guarda jurado que había detenido a Liggio por robo de grano aparece también muerto. Otra vez es sospechoso Liggio, y otra vez absuelto por falta de pruebas.

Entre tanto, cambio de patrón. Ahora es el político, el doctor Navarra. Un hombre de quien se sospecha que es el gran lazo de unión entre agrarios, monárquicos y demócratas-cristianos para una acción común contra los campesinos que piden tierra y que creen que la caída del fascismo y la llegada de la democracia va a satisfacer sus dramáticas situaciones. Uno de los jefes sindicales de los campesinos es Placido Rizzotto; aparece muerto a tiros. Se le ha visto disputar unos días antes con Liggio, y Liggio desaparece. Se echa al monte. Hay algún otro cadáver que la Policía apunta a su cuenta. Pero los juicios le absuelven de nuevo por falta de pruebas, y regresa junto a su patrón. Navarra es ya director del hospital de Corleone, después de la muerte de un funcionario de Sanidad que se oponía, Carmelo Nicolosi. Se sospecha que Navarra ha desplazado a Vizzini y que ahora es el «capomafia» de la zona. Y Liggio, su lugarteniente.

Pero un lugarteniente que hace negocios por su cuenta. En realidad, Liggio no es un político, y su origen de campesino pobre no le estimula demasiado. Sirve a la política de Navarra porque le conviene, pero a su vez roba ganado, realiza contrabando y se enriquece. Su ambición parece dirigida en dos sentidos: crear una fortuna propia y ascender en la jerarquía de la mafia. Llega un momento en que Navarra le estorba. Le considera anticuado y demasiado preocupado por sus problemas políticos. Le ha servido fielmente —unos once cadáveres de gentes que molestaban a Navarra llevan su «marca»—, pero ya se ha cansado. Y un día, Navarra aparece muerto de veinte disparos.

El nuevo «capomafia» de Corleone es él. Se trata de un cambio de régimen: todo va a ser ahora distinto. Métodos, procedimientos. Navarra se había quedado en el siglo XIX, en el campesinismo, y la tierra es siempre pobre... Liggio sueña con Palermo, que sólo está a cincuenta kilómetros. Es la ciudad que crece: los terrenos que suben de precio, los edificios que se construyen. Para Palermo ya no basta con la escopeta rural o la pistola, hace falta la ametralladora. Y hay que entrar en el juego de otros: los hermanos Greco, Angelo La Barbera, Rosario Macino... Liggio se introduce entre las bandas; se alía con unos, les traiciona, busca otras alianzas... Cada uno de estos pasos deja muertos detrás. Y acusaciones y juicios, pero también amnistías, indultos o absoluciones.

La riqueza y la influencia de Liggio crecen. Sus negocios tienen una apariencia legal y una realidad clandestina. Se ocupa de todo: compraventa de terrenos, licencias de construcción, máquinas tragaperras, aparatos electrodomésticos, contrabando de tabaco... Se dice entonces que sus beneficios personales sobrepasan el millón de liras al día: unas cien mil pesetas.

Difícil equilibrio

Quizá en ese momento su difícil equilibrio comienza a romper-

se. Tal vez algunos jefes de la mafia comienzan a asustarse del excesivo impulso del joven Liggio —apenas cuarenta años— o de su «juego sucio», su imperio comienza a decaer y, finalmente, se le detiene en Corleone bajo una serie de acusaciones graves: las pasadas y las presentes. Por lo menos una decena de asesinatos y la conspiración o creación de una banda para delinquir... Una condena y una amnistía, y otra detención... Liggio avanza ya mal por el camino del delito. Un nuevo juicio, pero ya fuera de Corleone, de Palermo: un juicio en Bari, en 1969, puede llegar a ser el final. Pero ante la estupefacción de todos —principalmente de la Policía, que minuciosamente ha establecido las bases de la acusación— resulta absuelto por falta de pruebas. Y es el propio fiscal quien propone la absolución a los jueces... Pero el presidente del Tribunal hace revelaciones: los magistrados, el fiscal, él mismo, han recibido amenazas de muerte si condenan a Liggio. Y amenazas de rapto y asesinato de sus familiares. Se habla de que la fiscalía está trufada de mafiosos. Hay una grave división entre los estamentos de la Justicia y de la Policía... Hay un segundo juicio, y esta vez se va a pronunciar una condena. Liggio está enfermo en el hospital-prisión de Villa Margherita, en Roma, y ante la inminencia de la condena, huye. Esto ocurre en noviembre de 1969.

Desde entonces no se le había vuelto a ver. O más bien se creía haberle visto en el extranjero. Sin embargo, después de cada «golpe» grande se sospechaba que podía encontrarse detrás Luciano Liggio. ¿Podía estar Liggio en el gran negocio de la droga, que divide en esa zona a sicilianos y marseleses? ¿Tras el nuevo negocio de los secuestros de industriales? ¿Podía ser el «cerebro», el número uno?

Pero sobre todas estas preguntas hay una inquietante: ¿Cómo ha llegado la Policía de Finanzas hasta el escondite de Liggio, y cómo este enemigo número uno se ha dejado coger tranquilamente en pijama, entre carcajadas y



La sensación general es la de que Luciano Liggio, en el momento de su detención en Milán, no era ya un grande de la Mafía, sino un hombre caído, quemado. Probablemente no está en disposición de comunicar grandes secretos, y aun si está en posesión de ellos, no los comunicará.

bromas? ¿Cómo no había sido avisado, advertido? Y otra: ¿Qué había precisamente en Milán? A la primera pregunta se suele responder estos días en Italia que la mafia mayor, la «grande mamma», ha querido desprenderse de él, y quizá él mismo lo sabía y lo aceptaba. Era, tal vez, «un personaje incómodo». ¿Por su presencia en Milán? De la misma manera que Liggio había descendido del medio rural de Corleone al medio urbano de Palermo, había pasado del Sur pobre al Norte rico. A Milán, donde con el mismo esfuerzo delictivo los beneficios pueden ser mucho mayores. Donde los secuestros son una «excelente inversión». Había abandonado el terreno fácil de Sicilia para entrar en una zona mucho más compleja. ¿O forma parte, quizá, esta detención de las venganzas entre el «clan» de los marseleses y el «clan» de los sicilianos en el asunto de la droga?

Otra pregunta: ¿Qué va a suceder ahora? Liggio sigue en el Norte: se le ha encarcelado allí y se le mantiene —la Policía de Finanzas no le pierde de vista ni de día ni de noche— a pesar que Palermo le reclama por sus crímenes anteriores. Su mujer ha quedado

en libertad, y se dice que es fruto de un pacto: por dejarla libre, Liggio ha prometido «colaborar». ¿Va a contarlo todo? ¿Va a dar nombres, datos? ¿O está ganando tiempo?

La sensación general es la de que Luciano Liggio no era ya un grande de la mafia, sino un hombre caído, quemado. Probablemente no está en disposición de comunicar los grandes secretos, y si está en posesión de ellos, tampoco los comunicará. Debe estar pensando simplemente en cómo amueblar la celda del penal al que sea conducido, cómo hacerse servir excelentes comidas durante unos años. Y al final de ellos, cuando la sentencia haya sido cumplida, con los recortes de los indultos, de las amnistías o de las reducciones parciales, volver a vivir la vida tranquila del burgués acomodado de un barrio elegante de Milán: el personaje que había representado durante estos últimos años, con tal poder de convicción, que sus ricos vecinos jamás habían sospechado nada. Y probablemente con tal poder de convicción, que él mismo sigue dispuesto a representarlo en cuanto salga de la cárcel, como un jubilado prematuro... ■

Los Contem pora neos

CUANDO VUELVEN LOS ROJOS

Diego Galán venía espantado de Barcelona. El muchacho (cultiva el estilo muchacho) presentaba por primera vez unidad en sus pelos, que habitualmente son independientes unos de otros y viven su propia vida: estaban erizados. Los musculillos horripiladores habían funcionado

cuando escuchó la conversación que quiso dedicarle Ramón J. Sender, traído a España en la bolsa marsupial de Castillo Puche (al fondo, Ricardo de la Cierva): había oído al glorioso anciano cosas que no cuadraban con su imagen interior. "Dice que no cree en los partidos políticos", murmuraba. El viejecito de la Redacción intentó tranquilizarle: "Eso pasa en las mejores familias". "Cree que la sociedad humana está basada en la supervivencia del más fuerte". "Es que él mismo es un superviviente..."

Superviviente de sí mismo. Es terrible haber cuajado la vida en torno a un momento, a unos años, y vivir después sobre esa involución. Es terrible el exilio larguísimo, injusto, y volver de él. Pero, ¿se vuelve alguna vez del exilio? Vienen como Orfeo volvió de los infiernos: se les dice, se dicen así mismos, que es necesario no volver la vista atrás. La vuelven, y se desvanece para siempre la sombra querida de lo que amaron, de lo que vivieron. La sombra de ellos mismos. El exilio no es una condición exterior: termina calcando los huesos, formando parte de su propia víctima. Forma una segunda naturaleza. Una manera de ser. Una manera de no ser. La patria no es solamente un espacio: es un tiempo. Lo peor que se ha hecho con los cientos de miles de españoles del exilio no ha sido sacarles de su espacio, negarles su espacio: ha sido ne-

garles su tiempo, dejarles sin él. Suspendidos en una especie de vacío.

Estas horripilaciones de los muchachos se producen de manera periódica. Ya ocurrieron con Don Pio, con Ortega, con Marañón. Más tarde, con el pulcro maestro de escuela Alejandro Casona. Los muchachos

esperan encontrarse con los rojos, y se encuentran con unos gloriosos conservadores. Las oscuras golondrinas que escribieron sus nombres bajo los balcones de "Delenda est monarchia", de "Siete domingos rojos", de los manifiestos "Al servicio de la República" o de la "Alianza" vuelven y no vuelven.

Otros, en cambio, destellan, viven, vibran y mueren. Como Max Aub y su inolvidable mirada, como de aumento, capaz de verlo todo y de captarlo todo, cuando vino con la muerte ya dentro. A veces mueren lejos con la voz entera, como León Felipe ("... yo no ahueco mi voz para asustaros..."). Otras veces viven y se desviven en las fronteras, en los alejados: como Pau Casals, como Picasso, como Alberti. Son los que han sabido hacerse su propio tiempo para sustituir el que les fue arrebatado.

Alguien, sádico, propone en la Redacción que se envíe a Diego Galán a conversar con Madariaga. "No lo resistiría", dice el bondadoso ancianito de la Redacción: "Don Salvador puede ser demasiado para él. Es casi un niño...". "Y además dicen que no viene, que es de acero y diamante, y que su resistencia es infinita". "Tampoco resistiría volver —dice el viejecito—; se encontraría todos estos aires de apertura y se desmoronaría. Tendría que volverse a ir. Aquella vez se fue porque era de izquierdas, y ésta tendría que irse por ser de derechas..."

POZUELO